

UN HOMBRE CUALQUIERA

*Domingo, 10 de diciembre de 1950*

Soy un cobarde.

Si me encierro en casa es solo porque ya no sé qué hacer con mi alma. Aprovechando el mortecino sol de diciembre, he dado un paseo, he ido al cine y he leído el periódico. Aún no es de noche y heme aquí otra vez, dudando entre llamar a alguien, echarme en la cama o encender la radio. En cuanto me quedo quieto, me hundo.

Me avergüenzo. Y no sé si conseguiré librarme de esta vergüenza. Es un engorro para alguien como yo, un hombre de cuarenta años que siempre ha intentado llevar una vida respetable. Siempre estoy con la cabeza en las nubes y en cuanto busco el modo de poner los pies en el suelo vuelvo a experimentar, de un modo aún más violento, esa cobardía, y la vergüenza de ser un cobarde. Quizá podría levantarme de la silla y afeitarme, pero ¿y luego?

Me siento ridículo y sin equilibrio, como si pisara un terreno inestable y movedizo.

Me llamo Antonio Mathis; soy contable y soltero. Vivo solo en un piso alquilado de dos habitaciones y desde hace cinco años trabajo en una empresa mediana de exportación

e importación. Allí me respetan (hablo dos idiomas) y me dejan hacer. Como se me da bien escribir, los jefes me confían tareas que consideran delicadas, como encargarme de la publicidad, llevar la correspondencia con los clientes de más importancia o colaborar con una revista técnica especializada en nuestro sector.

Pasé tres años en la guerra, uno de ellos en Croacia, y durante la República de Saló logré apañármelas, refugiado en una granja a las afueras de Asti. Hace dos años estuve a punto de casarme, pero el asunto se fue retrasando y a estas alturas Anna y yo hemos decidido tomárnoslo con calma y esperar hasta que muera su madre.

¿Qué más podría decir de mí? Francamente, no lo sé.

He decidido tomar nota de lo que me ocurre porque solo así lograré, con suerte, controlar los acontecimientos y los sentimientos, comprender y salir adelante. La verdad es que no sabría a quién pedir consejo. Y estoy más solo que la una. De un tiempo a esta parte me siento aislado, excluido, apartado del mundo.

Puedo describir punto por punto lo que ocurrirá dentro de una hora.

Siete de la tarde: es invierno, me levanto, me acerco a la ventana, echo un vistazo a Turín, que se extiende más allá del río, un reguero de lucecitas entrelazadas, aplastadas en los márgenes de la ciudad por tres grandes anuncios de Fiat que tiñen el cielo con un sutil tono escarlata. Cubro con un paño la jaula de los canarios, me pongo el abrigo y salgo.

La calle está helada y desierta, la corneta suena en el patio del cuartel; ya he llegado a la avenida. El gélido cauce del río genera girones de niebla que calan las ramas de

los árboles, las farolas están aureoladas de una bruma efímera, los coches titilan a lo lejos.

Ahí está la parada del tranvía, ahí está ella.

Tiesa, inmóvil, menuda; no espera el tranvía, me espera a mí.

Aguarda hasta que cruzo la avenida y me planto en el mismo andén de cemento, a tres pasos de distancia.

Esperamos juntos el tranvía; ella, inmóvil, mira fijamente la acera de enfrente; acobardado, en la inopia, hundo las manos en los bolsillos del abrigo, con las palmas empapadas de sudor (igual que ahora, mientras escribo), sin acertar a decir nada. Tendría que atarme los machos, acercarme, romper el hielo. Pero ¿de qué hablamos? ¿Y cómo lo hago? ¿Cómo aborda uno a una monja y se pone a charlar con ella?

Siempre me ha costado Dios y ayuda, también con las demás. En teoría, uno debe soltar una broma y luego hablar por los codos, luciendo una sonrisa de circunstancias, atento a no encorvar los hombros, a mantener la mirada, al nudo de la corbata, porque siempre que le añadas un toque de exageración a la broma o al melodrama da igual lo que le digas, hasta que ves que ella ríe o se queja, pero no se mueve.

Pero resulta que tengo cuarenta años. Y ella es una monja. No soy alto, me sobran unos kilos y ella es apenas una chiquilla de veinte años, con la piel sonrosada y dos cejas que se funden en una sola, formando en su frente una curva tenue como una sombra, bajo la toca.

Pero sé que ella me espera. Desde hace semanas, o quizá meses. Ya no recuerdo cómo empezó todo. ¿Cómo supe que me tenía echado el ojo? Al principio no me di cuenta y cuando lo hice me pareció un disparate.

Sabía que a última hora de la tarde la encontraría en la parada del tranvía que me lleva al centro. A veces, incluso lo dejaba escapar para esperarla, o era ella quien lo hacía. Desde que estoy en el ajo, no nos hemos mirado a la cara ni una sola vez mientras esperamos en la parada. Al montarnos en el vehículo, un instante, una ojeada.

Ella pasa al fondo del tranvía y siempre mira por la ventanilla.

Una vez, al cederle el paso mientras subíamos, vi un zapato reluciente y estrecho.

¿Adónde va a esas horas, y sola? Probablemente cuide a un enfermo o cumpla su turno en un hospital. Nunca desvía la mirada, concentrada en el cristal, como abstraída. Antes de enfilarse el puente sobre el Po e internarse en la gran plaza, el tranvía traza una curva y pasa por delante de la iglesia de la Gran Madre de Dios. Es entonces cuando ella hunde rápidamente el mentón en el pecho.

Algo que me llama la atención es que no da muestras de ese típico apocamiento del que hacen gala muchos religiosos al verse sorprendidos por la mirada ajena. Siempre se la ve entera, segura de sí misma, aunque también absorta en sus pensamientos y ajena a lo que la rodea, como cualquier chica reservada. Está claro que sabe que la espía, pero no parece molestarle, porque nunca se la ve incómoda. Al contrario, cuando el tranvía toma una curva apenas se agarra a las barras con las puntas de los dedos, que luego oculta al instante bajo el chal negro de lana, y para salir atraviesa con aplomo el interior del vehículo con la mirada baja.

¿Cuántas veces me habré devanado los sesos, tonto de mí, intentando descubrir si son invenciones mías?

Además de dejar escapar los tranvías —yo clavado en la plataforma, el tranvía parado, las puertas abiertas, la mirada inquisitiva del conductor, pues aquí solo para el 21, y yo impassible, las puertas que vuelven a cerrarse con estruendo y el vehículo que reanuda la marcha; ella a tres pasos de mí, quieta, aceptando el desafío—, un día la seguí; fue entonces cuando me pudo la vergüenza, y desde aquella tarde no he vuelto a ser el mismo.

Había nevado, las calles estaban cubiertas de hielo y los cables del alumbrado colgaban relucientes; la seguía por un barrio que apenas conozco, porque suelo apearme antes para ir al bar o encontrarme con Anna, mientras ella prosigue el trayecto. (He aquí otra prueba: a menudo, al bajar espero a que el tranvía reanude la marcha y entonces me vuelvo y busco su figura en el recuadro iluminado que se aleja. Jamás sé si me mira o no, pero a juzgar por cómo se desplaza su silueta hasta pegarse al cristal del fondo, a contraluz, sospecho que le gusta recoger el testigo.)

Caminaba unos veinte metros delante de mí, atenta a la acera helada.

Tenía que ir con cuidado de no acercarme demasiado. En realidad, era como si ella me estuviera dando caza a mí. A todas luces era absurdo, pero sentía curiosidad por ver en qué quedaba la cosa.

En un punto determinado la calle desembocó en una explanada con una iglesia al fondo. Habían quitado la nieve de los peldaños de la entrada con chorros de agua y la piedra mojada brillaba.

Ojalá entre en la iglesia, pensé.

Se había quedado quieta frente al pórtico, miraba la iglesia, la calle recta y desierta.

Ojalá entre, pensé. Anda, entra; si entras, será verdad.  
Mi corazón latía a mil por hora.  
Subió de prisa los peldaños.

Cuando me atreví a empujar la puerta y asomarme al interior de la iglesia, sentí el primer escalofrío de vergüenza, una punzada en el bajo vientre. Me costó lo mío decirme a entrar.

Al fondo había pequeñas lámparas votivas doradas e hileras de bancos vacíos. No la veía por ningún lado. Con cautela, sudando y tiritando a un tiempo, pasé bajo una columna hasta llegar a un montón de sillas de enea. Nada. Avancé unos cuantos pasos, mirando a uno y otro lado. Entonces, a la altura del último banco, un soplo gélido me detuvo en seco. Oí el golpe sordo de la puerta ribeteada de terciopelo que volvía a cerrarse.

La vi de nuevo en la calle, andando a paso ligero, y enseguida desapareció en la oscuridad de un zaguán.

Parado frente al portal, levantando la cabeza para encontrar el número grabado en piedra que lo señalaba, comprendí que era ella quien me había desafiado. Recordé mis ingenuas y ridículas argucias e intuí que se había prestado al juego por pura amabilidad.

Ahora había querido ofrecerme una ocasión verdaderamente favorable. A lo mejor había pasado a un palmo de ella al entrar en la iglesia y no me había dado cuenta. Sin duda ella habría podido seguir mis movimientos torpes y cohibidos antes de irse.

Esta revelación me ha sacudido por dentro. No me la puedo quitar de la cabeza, como si encerrase una idea, como si fuera una invitación a reunir el valor necesario para atreverme a dar el siguiente paso.

Sé que ahora me toca mover ficha.

Desde que lo tengo claro me da vergüenza poner los pies en el andén de cemento, me avergüenza el silencio—infinito, pesado, como una montaña de hielo— que se ha instalado entre los dos, me avergüenza apearme del tranvía antes que ella. Tengo la sensación de estar huyendo, de traicionarla cada tarde.

Y no encuentro la fuerza necesaria para volver a acercarme a aquella iglesia. Tengo miedo de verme obligado a abordarla sin haber tenido el tiempo de dar, quién sabe dónde, con la palabra adecuada, la expresión oportuna.

A veces creo haber encontrado la frase perfecta y me la repito dos o tres veces, la mastico un rato, y de pronto se desmigaja, dejándome más pobre, más atolondrado, más impotente que antes.

Pero me toca a mí. Esta tarde, mañana, o dentro de una semana. Ya no me queda mucho tiempo. De lo contrario, ella comprenderá que tengo miedo y que lo mío no es solo una cuestión de respeto, indecisión o pudor. Por ahora confía en mí, espera y me da tiempo, pero ¿hasta cuándo? Puede que incluso sea ella quien se anime a dar el primer paso, pero eso no facilitaría las cosas. Me pillaría muerto de miedo y falto de recursos.

Me fallan los nervios.

Se me ocurre que alguien más joven conseguiría hacerlo. Mo, mi compañero de oficina, por ejemplo, contaría la aventura durante días enteros, aderezándola con un aluvión de carcajadas y alusiones obscenas.

Pero no se trata solo de eso. Pienso en el valor secreto y puro que tendría un joven, en el aplomo y las agallas de la juventud. Y la envidia se apodera de mí.

A fin de cuentas, lo cierto es que nunca he sido lo que se dice un hombre. Dejémonos de los años de guerra, del éxito profesional, del respeto de los demás, de la experiencia. Nunca he comprendido, nunca he aprendido ni osado; tengo cuarenta años y me veo incapaz de tomar una decisión y de afrontar las cosas con la entereza necesaria. La vida se me escapa sin dejarme ninguna certeza. Siempre me he ocultado.

Y ahora descubro que todo me da vergüenza en este mundo en el que nadie parece avergonzarse de nada. Lo mío no es pudor, es cobardía.

Sin embargo, una de estas tardes, a las siete, en el andén de cemento donde espero el 21, tendré que vérme-las con ella. Puede que ella también, incluso aparentando calma e invitándome a espabilar, tenga miedo. Quizá en el momento decisivo se eche atrás, asustada por quién sabe qué.

O puede que todo vaya sobre ruedas. ¿Cómo lo conseguiré?

No puedo decirle: Hermana. Sería estúpido. No, debo empezar siendo directo, sin buscar pretextos que no vengan a cuento ni irme por las ramas. Tengo que ponerse-lo fácil.

Las siete. Tengo que salir.

Si al menos una niebla espesa cubriera la avenida, me sentiría más protegido. Porque también tengo miedo de los demás, de los ojos curiosos que puedan sorprenderme. Seguramente ella también sienta ese miedo. La avenida suele estar desierta, apenas iluminada por unas luces mortecinas que se balancean en el viento invernal; solo

hay un bar lejano y la explanada de la Gran Madre de Dios, en la que reluce el trenzado de los raíles. Sin embargo, en cuanto me subo al andén, siento que miles de ojos me escrutan desde los setos que bordean el río, desde las copas secas de los árboles. Es como si el mundo entero estuviera al acecho para sorprenderme y abalanzarse sobre mí.

Ella no se inmuta, no se mueve un centímetro.

Y yo debo —deberé— hacerlo todo solo, vencer los tres metros de distancia, no ponerme delante sino a su lado y hablarle sin volver la cabeza.

Así me veo a mí mismo, pero en una inmensa y estre-mecedora lejanía que me corta la respiración.